



**AQUI, CON MIS HERMANOS**

# AQUI, CON MIS HERMANOS

Un niño corre arrastrando una lágrima.  
Blas de Otero.  
Y el overol azul del cielo...  
Novo .

Yo nací al terminar los años veinte.  
Vi la luz a la sombra del caudillo.  
Y por lo que conozco, quiero aquí  
aullar estos poemas a la luna.

No quiero alzar mi canto  
a la patria impecable, entre algodones,  
sin una sola errata chovinista  
ni el pecado bilingüe que cargaba  
Malinche entre sus piernas.

Voy a aguzar mi lengua en alaridos  
preñados francamente  
de mi cabrona patria, mi caraja.

La patria que nos dejan los de arriba,  
la que, de pabellón, tiene un harapo  
-como el traje preciso de un leproso-  
y un buitre que devora,  
sobre un corral de tunas,  
la lombriz, el renglón  
donde el sistema actual escribe el asco.

Prefiero la verdad, la desvergüenza,  
la que con el cinismo, se desnuda  
hasta la carne viva.

¡Que pequeña grandeza mexicana  
(ciudad de los palacios y pocilgas)  
aquella que descubre,  
en medio del rebaño de tugurios,  
hombres que tienen frío hasta en los piojos,  
mientras está su entraña,  
sus órganos internos tiritando!

Y si somos testigos  
de México a través de sus angustias  
-no cronistas que estén versificando  
la realidad presente con los ripios  
de la acomodaticia tinta empleada-  
vemos que Jaramillo  
muere zapatamente en el lugar  
que habita la ignominia ,  
como pródigo infante de la tierra  
que torna hacia la madre.

Vallejo y mi amadísimo Revueltas  
se encuentran en los sótanos de México,  
allá en el almacén en donde el régimen  
arroja la salud y la hace víctima  
del claustro, del más lento  
verdugo imaginado por los hombres.

Genaro ha sucumbido. Pero se halla  
en la misma guerrilla de ultratumba  
de Emiliano y Rubén, en la guerrilla  
que se encuentra expropiando nuevamente  
la indecisión privada del labriego  
hasta formar comunas de venganza.

¿Cómo olvidar que a fines del cincuenta  
se le descarriló al sistema un día  
su mayor sindicato,  
que vistió la esperanza de overoles,  
e hizo que los martillos  
miraran a las hoces de reojo?

¿Cómo olvidar que ayer,  
cuando México obtuvo  
su medalla en masacres,  
tuvo lugar un mitin,  
una concentración de niños héroes,  
que se volvió de pronto una asamblea  
de balas, de quejidos y silencios,  
en que al final la sangre solamente  
tomaba la palabra?

¿Y olvidar el desquicio calendario  
que en el año primero del setenta,  
levantó nuevamente, en pleno junio,  
entre el nueve y el once, el dos de octubre  
mientras entraba en tratos la sorpresa  
con los sepultureros?

Oh mi patria cabrona: ya mi pueblo  
comienza a desconfiar porque comprende  
que resulta imposible mantener  
perpetuas catedrales de confianza  
a la mitad de un zócalo de duda.

**Agosto de 1979.**